



Discurso & Sociedad

Copyright © 2021
ISSN 1887-4606
Vol. 15(3) 569-587
www.dissoc.org

Artículo

Otros pasados son posibles. Discurso y arqueología feminista

*Other pasts are possible. Discourse and Feminist
Archaeology.*

Sandra Montón Subías.
ICREA/Universitat Pompeu Fabra.

Resumen

Este artículo se centra en la crítica de la arqueología feminista a los valores e intereses que articulan la producción discursiva del pasado a través de la propuesta de las Actividades de Mantenimiento. Los discursos convencionales proyectan sobre el pasado el sistema hegemónico de género del presente y la racionalidad que lo acompaña. Con ello, sostienen y refuerzan la desigualdad que actualmente existe entre hombres y mujeres a la vez que invisibilizan a quienes no se ajustan a su normatividad. El artículo defiende que un cambio profundo pasa por reconceptualizar el discurso, y no solo por incluir nuevos agentes en forma de mujeres, niños, ancianos, terceros géneros, etc. sin necesariamente alterar la lógica que lo vertebra. Al situar en el centro la importancia de la cooperación, la valía del vínculo y la conexión social, la capacidad afectiva y la práctica de la relación y del cuidado como pilares fundamentales de la vida social, las Actividades de Mantenimiento proponen maneras diferentes de entender a los grupos humanos y el devenir histórico.

Palabras clave: Arqueología Feminista, Actividades de Mantenimiento, Género, Discursos sobre el Pasado.

Abstract

This article approaches feminist critiques to values and interests behind the writing of the past with a focus on Archaeology and Maintenance Activities. Conventional discourses project our present hegemonic gender system and its rationality onto the past. In so doing, they help to sustain and strengthen inequality between men and women, and invisibility of all those who do not conform to its normativity. Profound changes are to occur through reconceptualization, and not only through inclusion of new agents in the shape of women, children, the elderly, third genders, etc. without necessarily affecting its foregrounding logics. By placing cooperation and interdependence at the center, and by highlighting social bonding and connection, affective capacity, and care as fundamental to social life, Maintenance Activities propose different ways of understanding human groups and historical development.

Keywords: Feminist Archaeology, Maintenance Activities, Gender, Discourses of the Past.

Introducción

Los discursos sobre el pasado inciden en lo que somos y creemos de nosotros mismos. Son auténticos instrumentos de socialización, pues sirven para justificar los sistemas y relaciones sociales del presente desde el que se escriben, aunque también para subvertirlos. Por ello, son profundamente políticos, se reconozca o no. La arqueología feminista lo reconoce y además reivindica porque ambiciona incidir en el fin del patriarcado a través de un pasado que lo desnaturalice¹. Aunque muchas veces se la considere un movimiento más en la sucesiva cadena de ismos que caracterizan la historiografía arqueológica, personalmente creo que se trata de otra historia pues parte de una experiencia vivida y consciente de desigualdad y/o discriminación. Por ello, quienes la encarnan, sienten que no están o que están mal en muchos de los textos e imágenes que dan cuenta del pasado, y que éstos amparan las desigualdades y discriminaciones que les oprimen en el presente.

Aunque los silencios historiográficos (*sensu* Trouillot 1995) deriven de quienes escriben la historia, se advierten más fácilmente por quienes los personifican. Por ello, es comprensible que fuesen sobre todo mujeres las arqueólogas que empezaron a preguntar si en el pasado únicamente hubo hombres (Bertelsen, Lillehammer y Naess, 1987) y, con ello, a denunciar una doble discriminación: en su representación y en el ejercicio de la profesión (Arnold, Gilchrist, Graves, y Taylor, 1988; Conkey y Spector, 1984; Ehrenberg, 1989; Gero, 1983; Sanahuja y Picazo, 1989). Una denuncia a la que se han ido sumando muchas otras y algunos otros en la labor de descubrir y desmontar las diferentes capas de patriarcado que nos impregnan.

Aunque las sociedades actuales son el producto de trayectorias históricas de muy largo recorrido — algunas de las cuales se originaron en nuestro pasado prehistórico más remoto — y a pesar de que esas trayectorias están plagadas de continuidades y permanencias, existen también acontecimientos históricos que han constituido verdaderos puntos de inflexión en el transcurso de la historia de la humanidad. Uno de ellos es el colonialismo europeo de época moderna. Así pues, aunque el patriarcado — en cuanto sistema de dominación de los hombres sobre las mujeres — apareció ya en la prehistoria (en Europa, por ejemplo, Cintas-Peña 2020; Hernando 2012; Vila et al. 2017), entiendo que los procesos coloniales iniciados por las potencias europeas en el siglo XV marcaron un antes y un después para entender su configuración actual. A partir de entonces, se fue cimentando un patriarcado capitalista y colonialista (Federicci, 2004; Mies, 1986) cada vez más globalizado en el que las personas que se

construyeron como hombres blancos heterosexuales occidentales y poderosos definieron y encarnaron la norma de lo humano, situándose en posición de dominación — y nominación — respecto a las personas que no eran ninguna o solo algunas de las anteriores cosas. Las mujeres racializadas negras indigeneizadas pobres no heterosexuales y no-occidentales acumularon por contra más desigualdad y discriminación que ninguna otra persona.

En sus rasgos principales, esta jerarquía se mantiene. Es por ello que, en la estela del feminismo negro y lésbico bostoniano (Combahee River Collective 1977), diferentes feministas convocan a trabar en su lucha estas otras condiciones, entendiendo que operan imbricadas y que producen una discriminación diferente y mayor que la suma de sus partes (Anzaldúa, 1987). Por ello tampoco es posible despatriarcalizar sin descolonizar, y viceversa (Galindo, 2013). Si aceptamos que el no-privilegio ayuda a observar la parcialidad del conocimiento que le excluye (Collins 1986; Haraway 1988; Harding 1986; Hartsock 1983; Wylie 2013), deberemos aceptar entonces que su producción será menos sesgada cuanto más interseccionado esté (Crenshaw, 1989). Desafortunada aunque no inesperadamente, un artículo reciente acaba de ratificar que el conocimiento que más se reconoce en arqueología continua firmado por hombres blancos heterosexuales (Heath-Stout, 2020) y, aunque la publicación no lo incluya, añadiría que situado en universidades anglo-americanas de reconocido prestigio.

La arqueología feminista ha tenido y tiene una relación complicada con el mainstream académico (Engelstad, 2007; Montón Subías y Lozano Rubio, 2012) al cuestionar sus cimientos más prendidos y escudriñar a un tiempo la interpretación del pasado y el ejercicio de la profesión en el presente. Ha sido gracias a ese escrutinio que se han creado nuevas categorías analíticas y campos de investigación en los que el género, el sexo y la sexualidad se entienden como fenómenos culturales susceptibles de análisis históricos alejados de biologismos esencialistas; que se ha promovido la investigación de cuándo, cómo y por qué surgieron los primeros sistemas desiguales de género; la conjugación de esas desigualdades con otras posiciones de poder, y con la raza y la clase a partir de la modernidad; la puesta en valor de prácticas y materialidades ignoradas por la narrativa convencional; la reflexión sobre nuevas formas de practicar arqueología, más alejadas de dinámicas que tengan que ver con el poder y la jerarquía; y, por encima de todo, la crítica y la auto-crítica constante pues el patriarcado también atraviesa a quienes lo rechazan. Por todo ello, creo que la arqueología feminista es a la vez una cuestión de cualidad y de calidad (Montón-Subías 2018, 28). En este artículo, me centraré en la producción

discursiva — verbal y no verbal — que da cuenta de nuestro pasado, y, más concretamente, en los valores e intereses que la articulan.

La arqueología feminista entiende que los discursos convencionales proyectan sobre el pasado el sistema hegemónico de género del presente y la racionalidad que lo acompaña (Conkey y Spector 1984, por citar uno de los primeros trabajos que lo mencionan). Al hacerlo, sostienen y refuerzan la desigualdad que actualmente existe entre hombres y mujeres a la vez que invisibilizan a quienes no se ajustan a su normatividad. Es en este sentido que podríamos afirmar que pasado y presente se co-constituyen pues la lógica del presente se imprime en el pasado, y esa impresión a su vez robustece la lógica específica desde la que se escribe. Esta dialéctica enarbola una serie de valores muy concretos: los que, parafraseando a Kate Millet, están dictados por los miembros del grupo dominante “en función de lo que más aprecian en sí mismos” (1995, p. 72), y que no son otros que los que coinciden con la masculinidad hegemónica (*sensu* Connell y Messerschmidt 2005), la identidad individual moderna (*sensu* Hernando, 2012) o el paradigma de la virilidad (por ejemplo, Sendón de León, 2000).

Por ello, la arqueología feminista advierte que el androcentrismo perjudica seriamente el conocimiento científico (Intemann, 2010, p. 792) al explicar el pasado únicamente a través de las actitudes, dinámicas, comportamientos, actividades y capacidades que se estiman desde esa manera de ser específica: la individualidad, la autosuficiencia, el poder, la razón, el autocontrol, el deseo heterosexual, la violencia —en tanto que ejercicio para obtener, ejercer o recuperar el poder—, el cambio, el crecimiento tecnológico, la competitividad, el triunfo frente a la naturaleza, el riesgo, la aventura, la acción (para seguir con la lista, Bosch Fiol y Ferrer Pérez, 2003, pp. 140-143). Como ha señalado Almudena Hernando (2012), esta es la tónica general en que se alinean los “grandes” temas de la investigación arqueológica, con independencia del paradigma científico desde el que se emprende (ver también, Conkey y Spector 1984; Escoriza y Sanahuja 2005, 111; Montón Subías 2000; Allison Wylie 1991, pp. 39-40). La arqueología feminista insiste en su parcialidad, a la vez que propone aquilatar aquellas actitudes, dinámicas, comportamientos, actividades y capacidades tradicionalmente ignoradas. De este modo, a la vez que va deshaciendo la escritura androcéntrica de la historia, incide en una nueva racionalidad pública (Montón Subías 2010). En esta tarea se encuentra la propuesta de las Actividades de Mantenimiento, en la que me centraré para ilustrar algunas de las ideas que quiero transmitir.

La propuesta de las Actividades de Mantenimiento

Las Actividades de Mantenimiento se refieren a una serie de tareas cotidianas y rutinarias imprescindibles para asegurar el bienestar, la estabilidad y la reproducción de la vida y sus formas en cualquier grupo humano. Las más comunes comprenden las relacionadas con el procesamiento y cocinado de alimentos, la manufactura textil básica, la higiene y la salud públicas, la organización y acondicionamiento de los espacios domésticos, la atención y el cuidado al otro y la crianza y socialización infantil. Aunque todas requieran de destreza y conocimientos específicos, no implican fragmentación y especialización funcional del trabajo, sino compaginación e incluso solapamiento de las unas con las otras.

Estas tareas y cómo se organizan varían en función de la cultura, pero su carácter estructural es universal. Se desarrollan en la escala de la cotidianeidad y de los espacios conocidos, y son indisolubles del entramado relacional que crean y en el que se despliegan. En este sentido, apuntalan los vínculos básicos que cementan y mantienen la cohesión grupal. Su finalidad última consiste en garantizar la continuidad de la lógica social a través de la reiteración y recurrencia de sus actividades esenciales, o en canalizar posibles cambios en nuevas formas de reiteración y recurrencia que permitan navegar las crisis y generar una “nueva normalidad”. La novedad de englobarlas bajo una denominación común reside en destacar la función colectiva que comparten todas ellas y que, de otra manera, queda desdibujada. Su unión conceptual proporciona, además, una base clara para rastrear el desarrollo de los valores sociales comunes que encarnan (Montón Subías y Lozano Rubio, 2012).

El desempeño de las Actividades de Mantenimiento modela la experiencia personal de acuerdo a una serie de habilidades, cualidades y responsabilidades que a la vez requieren y promueven. Al quedar estructuralmente fijadas al bienestar común, su ejercicio fomenta un construirse en relación con los otros, e implica, por lo tanto, una manera determinada de entender y relacionarse con el mundo circundante y con las personas que lo integran. Aunque siempre necesarias, su reconocimiento social decrece conforme aumenta la complejidad socio-económica y, por tanto, la desigualdad, pues quienes adquieren mayor poder se van alejando progresivamente de su cumplimiento (para entender este recorrido histórico, Hernando 2006).

La propuesta de las Actividades de Mantenimiento surgió a inicios de los años 90 del pasado siglo dentro de un grupo de arqueólogas feministas vinculadas entonces a la Universidad Autónoma de Barcelona (Bardavio y

González Marcén, 1996; Colomer, González Marcén, y Montón Subías, 1998; Montón Subías, 2000; Picazo, 1997; Sanahuja, 2002). Progresivamente fue enriqueciéndose con nuevas aportaciones y reflexiones (Alarcón et al. 2008; de Pedro 2006; Dommasnes 2006; Gifford-Gonzalez 2008; Hernando 2006; Prados y López 2019; Rísquez y García 2007; Sánchez Romero y Aranda 2006). Nació y se construyó en colectivo, dentro del énfasis dado por el feminismo de inspiración marxista al análisis de las formas de trabajo y las condiciones materiales de la existencia de las mujeres, aunque atendiendo a las entonces recién llegadas arqueologías feministas anglosajonas del género y del *household* (Conkey y Gero, 1991; Hendon, 1996), y por un tiempo en diálogo con el feminismo de la diferencia vinculado a Duoda en el marco del proyecto *Las Actividades de Creación y Mantenimiento de la Vida Social y el Género* (IM/97).

Afloró de la inquietud y descontento por el sesgo sexista que afectaba a los discursos del pasado, y de la voluntad de visibilizar las prácticas y experiencias de las mujeres en su representación. Existía, por lo tanto, una asociación implícita entre Actividades de Mantenimiento y prácticas realizadas por mujeres, algo nada descabellado si se atiende a la evidencia histórica y etnográfica, donde la presencia de mujeres es mayoritaria. De todos modos, se insistió en el carácter histórico de esta asociación (González Marcén, Montón Subías, y Picazo, 2008), desvinculándolas de una supuesta naturaleza femenina o de planteamientos esencialistas que perpetuarían y confinarían a las mujeres en este ámbito de acción. También se subrayó que su ignorancia en el discurso se debía a que en nuestro presente sí se concebían como actividades femeninas (Montón Subías, 2000; Picazo, 1997), y se profundizó en las razones de su ocultación aludiendo a su naturaleza relacional, contraria de las actividades que se asocian a la individualidad y al poder, a las que sí ha reconocido la Historia (Hernando 2006).

Parece claro, pues, que las Actividades de Mantenimiento han visibilizado personas, prácticas y materialidades poco estimadas en los discursos tradicionales del pasado. La propuesta no obstante ha ido más allá: al destacar la valía del vínculo y la conexión social, la capacidad afectiva y la práctica de la relación y del cuidado como pilares fundamentales de la vida social ha propuesto maneras diferentes de entender a los grupos humanos y el devenir histórico (Montón Subías y Lozano Rubio, 2012). Al incidir en ello, ha reclamado la importancia de la relacionalidad, la interdependencia, la cooperación, la estabilidad, la continuidad cultural y la recurrencia en el transcurso de la historia, precisamente los rasgos olvidados en la narrativa

tradicional al no concordar con los que se aprecian, como apuntaba antes, desde el paradigma que ensalza la virilidad, la masculinidad o la individualidad.

Creo que es aquí donde persevera, entreverado y por lo tanto difícilmente advertido, el sustrato androcéntrico más profundo que empapa la disciplina. Cuando proyectamos nuestro sistema de género hacemos algo más que conferir protagonismo a los hombres del pasado; entendemos que solo una determinada racionalidad ha sido importante en la historia. Por ello, pienso que el potencial realmente transformador de la arqueología feminista radica en la reconceptualización y no tanto en la inclusión. Es decir, no me parece suficiente “integrar” nuevos agentes en forma de mujeres, niños, ancianos, terceros géneros, etc., para completar los discursos tradicionales dejando inalterada la lógica que los vertebraba — algo relativamente aceptado desde la academia normativa. Aunque sin pretenderlo, ello puede apoyar el discurso androcéntrico y eurocéntrico (Montón Subías y Hernando, 2018) que se construyó para dar cobertura al patriarcado moderno al que me refería antes (Federicci, 2004; Mies, 1986).

Ese discurso adjetivó de atrasados, estancados, pasivos, perezosos, irracionales y/o inmorales — y en definitiva inferiores — a quienes no se ajustaban al modelo de ser humano que concibió como superior y más pleno (fuesen esos quienes mujeres, hombres, posibles otros, o grupos enteros). Obviamente, ese modelo superior coincidía con lo que reconocían de sí mismos los hombres que lo formularon (Seidler 1989; 1993). Paradójicamente, si bien la crítica al eurocentrismo ha señalado reiteradamente su carácter profundamente partidista e interesado, ha dejado muchas veces inalterada la carga moral que se asocia a algunos de sus rasgos. La estimación positiva del cambio (entendido como progreso a partir de la Ilustración) es un ejemplo claro (González-Ruibal, 2014; Hernando, 2002; Montón Subías y Hernando, 2018). En vez de desintegrar la idea que asocia estabilidad o continuidad cultural con atraso, pasividad y pereza, se ha universalizado la valoración positiva del cambio bajo el supuesto de su deseabilidad en todo tiempo y lugar. Universalizar una subjetividad determinada, además de hacerle un flaco favor al reconocimiento de la diversidad ontológica, continuará necesariamente orillando a quienes no encajan en ella porque se les medirá por un rasero que no es el suyo, que es de otros (que vuelven a ser los mismos). Y eso siempre los dejará en posición de desigualdad, que es donde por cierto le son útiles al sistema. No es de extrañar, por ejemplo, que ya en pleno siglo XXI, el 23 de septiembre de 2015, *El País* publicara que el 23% de la población española consideraba a las mujeres no aptas para la ciencia de alto nivel por falta de

perseverancia, racionalidad, sentido práctico, y espíritu analítico. El porcentaje escalaba al 67% al considerar países como Francia, Alemania, Italia y Reino Unido². Por este mismo razonamiento, pienso que hay que recibir con cautela los titulares divulgativos que destacan a las mujeres del pasado solo cuando realizan actividades consideradas masculinas. Creo sinceramente que pueden convertirse en un regalo envenenado. Utilizaré como ejemplo a la chica prehistórica de los Andes que hace poco saltó a la prensa nacional e internacional.

La mujer cazadora de Wilamaya Patjxa

Con titulares que destacaban que las mujeres de la prehistoria también cazaban se divulgaba hace poco el hallazgo de la tumba de una joven cazadora que habría muerto hace unos 8000 años en lo que ahora es el yacimiento de Wilamaya Patjxa, en los Andes peruanos. Asociado a su esqueleto se encontró un equipo de caza, lo que hace factible que hubiese cazado en vida. El equipo de investigación revisó entonces otras tumbas prehistóricas del continente americano y constató un elevado número de tumbas de sexo femenino con útiles de caza, lo que le sirvió para cuestionar la existencia de una división del trabajo de acuerdo al género en la prehistoria (Haas et al., 2020). El equipo también suscribía las tesis ya publicadas de que la caza de grandes mamíferos habría sido una empresa comunitaria en la que habrían cooperado los diferentes miembros del grupo. Sin embargo, la divulgación al gran público únicamente realizó que, en la prehistoria, ellas también cazaban.

No me detendré aquí en examinar esta aportación desde un punto de vista científico, sino en reflexionar sobre lo que la noticia desafianza y a la vez afianza en el imaginario público. Hay que tener en cuenta que la noticia se refiere a la prehistoria, es decir, a aquella parte de nuestro pasado más remoto que se imagina más próxima a nuestra supuesta naturaleza en tanto que primates humanos y a la que, por tanto, se recurre para descubrir lo que “realmente” éramos cuando la cultura, se piensa, no había perturbado demasiado nuestra biología. Por ello, la prehistoria es un terreno especialmente fértil para arraigar creencias sobre nuestro comportamiento “original”. A pesar de las incontables críticas recibidas y de la evidencia arqueológica y etnográfica en contra, el modelo del hombre cazador, proveedor y protector del núcleo familiar continúa formando parte del pensamiento colectivo (en el que incluso se encuentran algunos científicos). Más de una vez, en conversaciones informales, me han defendido como natural aquello de que la mujer en casa y el hombre a la caza.

Noticias como la de Wilamaya Patjxa, al asociar a las mujeres con actividades que supuestamente caen fuera de su ensoñada naturaleza, demuestran que estas creencias son falsas; que lo que ahora pensamos que son los hombres y las mujeres tiene una genealogía histórica independiente de nuestra genética. Se debe insistir en esto sin cesar porque el prejuicio es tan terco que prevale en ocasiones sobre la evidencia científica, a la que para más inri se acusa de estar sesgada. Así, muchos de los comentarios a renglón seguido de la anterior noticia la tacharon de ciencia ideologizada y la despreciaron por adoptar un enfoque de género, a pesar de que sus firmantes nunca se han situado en la arqueología feminista. Exactamente lo mismo que ha sucedido otras veces al cuestionar la normativa de género. Lourdes Prados, por ejemplo, me comentaba (Madrid, 2016) la reticencia y escepticismo con que se recibió, incluso en círculos arqueológicos, el cartel de una mujer pintando Altamira para una exposición del Museo Regional de Madrid. ¿Qué evidencia arqueológica existía al respecto?, se preguntaban. Pues la misma que para apoyar a los hombres haciéndolo: ninguna. Pero la fuerza del estereotipo consiste en presentarse como natural, y “lo natural”, especialmente cuando se refiere a las creencias sobre el género, no se interpela.

Desvincular la masculinidad y la feminidad, o la manera de ser hombre y mujer, de roles y actividades específicas que desbaraten estereotipos me parece necesario, aunque también puede resultar insuficiente si, como decía, sigue manteniendo inalterada la lógica patriarcal que rige nuestra racionalidad pública. Estamos tan empapados de ella que en ocasiones la asumimos inconscientemente desde el propio feminismo como si fuera universal y no el producto de un recorrido histórico determinado. Por ello lo del regalo envenado. Cada vez que valoramos a las mujeres por desempeñar actividades vinculadas a lo masculino en el presente, que defendemos — como si fuera algo positivo en sí mismo — que también ejercieron poder, o que afirmamos, para ensalzarlas, que las Actividades de Mantenimiento participaron de las mismas dinámicas de cambio que otros procesos productivos, sostenemos el patriarcado.

La divulgación de la noticia podría haber incidido en el carácter cooperativo de la caza — como también decía, hace tiempo que se ha informado de que la caza no constituyó una empresa individual —, o haber relativizado su importancia dentro del conjunto de las otras muchas actividades que también realizaron las comunidades prehistóricas. Incluso, al cuestionar la división del trabajo de acuerdo al género, podría haber puesto en duda la existencia de un sistema de género en esos momentos de nuestra historia. Pero

la noticia simplemente desdobló al hombre cazador en la mujer cazadora, dejando intacta la ficción individual de la caza y su principalidad. La imagen que la acompañaba incidía en lo mismo: en primer plano, una mujer sola, independiente, a punto de disparar su lanza con un atlatl (propulsor para aumentar la distancia y velocidad del proyectil). Esto no es para nada banal.

Las imágenes que ilustran la escritura del pasado son tanto o más potentes que su propia escritura pues, en una fracción de segundo, transmiten mensajes que todo el mundo puede entender. Por ejemplo, un niño blanco que en clase ojee su libro de texto de historia, si es convencional, entenderá que él (o el hombre que será en unos años) ha protagonizado la historia; una niña negra, en cambio, entenderá que el protagonismo ha sido de su compañero. Y muy probablemente, ambos interiorizarán como sustanciales los valores de la masculinidad hegemónica. Un ejemplo bien claro es el de los famosos dibujos del proceso de hominización. Hasta hace bien poco, parece que únicamente evolucionaban los hombres blancos (el australopiteco inicial era muchas veces negro). Aunque siguen predominando, ya es posible ver también ilustraciones con mujeres negras, y no solo encarnado a la australopiteca Lucy, que a veces se blanquea y/o masculiniza conforme avanza en la escala evolutiva (¡lo mismo que me encontré una vez que evalué un artículo con una imagen que se había creado para corregir el sesgo de género en la que la única hembra era Lucy!). De todos modos, se siguen arrastrando estereotipos: casi siempre se evoluciona en soledad, y, cuando no, se hace en pareja heterosexual o en familia nuclear también heterosexual; ellas son las que llevan a las crías en brazos y sin cultura material alguna para este fin (porque criar es natural, se entiende); la cultura material siempre la llevan los hombres (porque la han hecho ellos, también se entiende) y casi siempre en forma de armas o útiles de caza.

Algo parecido ocurre cuando se visita un museo, aunque los esfuerzos por revertir esta situación vienen siendo cada vez más comunes (Gutiérrez Usillos 2017; Prados y López 2017; Querol y Hornos 2015). Begoña Soler (2009, 183) mencionaba la extrañeza que suscitó ver un hombre del Neolítico llevando un niño en brazos en la exposición “Las Mujeres en la Prehistoria” (citado también en Pastor Quiles y Mateo Corredor, 2019, p. 48). En un orden de cosas parecido, hace poco di una conferencia en un ámbito extremadamente académico y masculinizado. Expliqué una anécdota/broma que me había contado hacía ya unos años Silvia Tomášková, quien tras visitar uno de los más reputados museos sobre los neandertales me dijo que por fin sabía por qué se habían extinguido: ¡porque no tenían mujeres! Pues bien, esto alteró a un académico del público, quien se apresuró a señalar que varios dioramas incluían

ya a las mujeres neandertales. Es cierto, le respondí; pero cuando le exhorté a explicar las razones me dijo simplemente que porque la ciencia avanzaba. En fin... como si la ciencia desconociese la existencia de las mujeres antes del siglo XXI. Si las representaciones gráficas del pasado se han modificado no se debe al hecho “neutro” de que la ciencia avance, sino a las críticas vertidas por la arqueología feminista, que ha dedicado meritorios esfuerzos a denunciar las imágenes normativistas (Gifford-Gonzalez, 1993, por citar sólo uno de los primeros trabajos) y a construir otras mucho mejores³.

Volviendo al ejemplo de la mujer cazadora, creo que detenerse ahí sería como detenerse en luchar por la igualdad “con” los hombres. ¿De qué sirve que las mujeres lleguen al pasado para hacer lo mismo que los hombres? Parafraseando a Victoria Sendón de León (2000), diría que para convertirse en una copia de un modelo que nos disgusta. Valorar a las mujeres del pasado únicamente cuando participan del paradigma masculino del presente incorporará sólo a aquellas mujeres que fueron “capaces” de hacer lo que se piensa que hicieron los hombres. Servirá para incluir unas pocas figurillas de mujeres en colecciones como *La Aventura de la Historia* de Planeta De Agostini, inicialmente ilustrada con 60 clicks de Playmobil donde no había ni una sola mujer (esto pasó en 2016). Ya sabemos que existieron mujeres poderosas, guerreras, reinas, científicas, conquistadoras y/o terratenientes, pero: ¿y todas las demás?, ¿dónde quedan ellas y quienes nunca se ajustaron a la pretendida manera hegemónica de ser hombre en el presente? Sin duda, en el olvido.

Conclusiones

Durante la primera oleada del covid (mucho más que durante la segunda) se generalizaron las reflexiones sobre la insostenibilidad de lo que se llamó “nuestra normalidad”. El feminismo lleva décadas, incluso siglos, haciéndolo al desvelar y denunciar las desigualdades, dominaciones y opresiones que produce el patriarcado y su trato posesivo, corrosivo y déspota hacia lo no-humano de nuestro mundo planeta. Creo que no me equivoco si afirmo que la mayoría de feministas ambicionan una sociedad vacía de desigualdad, aunque su lucha más visible combata la que existe entre hombres y mujeres. Para ello, para transformar este presente es necesario transformar también el discurso del pasado en tanto que práctica de dominio que construye patriarcado. En esa labor, la arqueología feminista advierte la mecánica de exclusión-universalización que en ambos casos ensalza valores, capacidades, actividades y comportamientos asociados a una manera específica de ser persona en

detrimento de otras. Quiero dejar claro que la alternativa no consiste en glorificar las maneras olvidadas como opuestas a la reconocida (algo que reforzaría el pensamiento binario en el que tan entrenados estamos), sino de reunir las en la explicación del pasado.

Precisamente, el covid nos ha estallado en la cara que la sostenibilidad forzosamente debe pasar por reputar las tareas que sostienen. Con las Actividades de Mantenimiento, las arqueólogas feministas también llevan décadas haciéndolo, al destacar que la atención y el cuidado al otro son irremplazables, que las dinámicas que tienen que ver con la interdependencia, la recurrencia, la continuidad cultural o el comprenderse y pensarse a sí mismo en relación son parte constituyente del devenir histórico, y que su ignorancia, encubrimiento y devaluación resulta de un largo proceso histórico que probablemente arranque con la emergencia del patriarcado. No se trata por lo tanto de acoplar la “otredad” a la mismidad (Dussel, 1995, p. 12), o de igualarla en sentido ontológico reclamando los valores de unos pocos para todo el mundo, como haría un trabajo que se detuviera en encontrar mujeres cazadoras en la prehistoria. Desde luego que hubo mujeres que estuvieron ahí, pero frenarse en ese punto reconoce a quienes no se ajustan a la masculinidad hegemónica solo cuando se aproximan a ella o participan de algunos de sus rasgos.

Las Actividades de Mantenimiento ponen en el centro la importancia de la cooperación y lo comunitario, algo que la academia recibe a regañadientes. Nada más hace falta recordar los obstáculos y rechazos que sorteó la reconocidísima bióloga Lynn Margulis al defender la cooperación frente a la competición como mecanismo evolutivo⁴. Y es que actualmente pensamos demasiado desde el yo y la individualidad y mucho menos desde el colectivo. Incluso la libertad se entiende en nuestra sociedad de una manera extremadamente individualizada. Pero incidir en la importancia de lo colectivo es necesario para despatriarcalizar y descolonizar el discurso de la historia. Al escudriñar ese discurso, la arqueología feminista expone también su carácter político más velado, el no reconocido — ¿o acaso no es político sostener que los hombres paleolíticos pintaron Altamira sin aportar evidencia científica de apoyo? Por el contrario, la arqueología feminista siente orgullo de su propio activismo porque mejora la ciencia al advertir la parcialidad del conocimiento androcéntrico y situar lo desdeñado o no visto en el centro mismo del debate. Está situada, reconoce, y por ello escribe en el presente sobre un pasado distinto por un futuro sostenible y sin desigualdad.

Notas

¹ Sé que hablar de arqueología feminista en singular puede leerse inadecuado. Al igual que el feminismo, la arqueología feminista también es plural. Sin embargo, creo que el singular me permite realzar el objetivo común que subyace en todas: subvertir el patriarcado y las relaciones de poder que lo definen. No me centraré por tanto en lo que divide, sino en lo que aúna, aunque las maneras de situarse en contra de la normatividad patriarcal sean diversas.

² https://elpais.com/elpais/2015/09/22/ciencia/1442945727_375345.html

³ Por ejemplo: <http://www.pastwomen.net/recursos-didacticos>

⁴ El documental *Symbiotic Earth: How Lynn Margulis rock the boat and started a scientific revolution* lo explica muy bien.

Referencias

- Alarcón, Eva, Sánchez Romero, Margarita, Moreno, Auxilio, y Arboledas, Luis. (2008).** “Las actividades de mantenimiento en los contextos fortificados de Peñalosa”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 18, 265–296.
- Anzaldúa, Gloria. (1987).** *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute.
- Arnold, Karen, Gilchrist, Roberta, Graves, Pamela, y Taylor, Sarah. (1988).** "Women and Archaeology". *Archaeological Review from Cambridge*, 7(1), 2–8.
- Bardavio, Antonio, y González Marcén, Paloma. (1996).** "La vida quotidiana a la prehistòria. L'estudi de les activitats de manteniment". *Balma. Didàctica de Les Ciències Socials, Geografia i Història*, 5, 7–16.
- Bertelsen, Reinart, Lillehammer, Arnvid., y Naess, Jenny-Rita. (1987).** *Were they all men? An examination of sex roles in prehistoric society*. Stavanger: Arkeologisk museum i Stavanger.
- Cintas-Peña, Marta. (2020).** *La desigualdad de género en la prehistoria ibérica: una aproximación multi-variable*. Oxford: BAR International Series.
- Combahee River Collective. (1977).** "Combahee River Collective: A Black Feminist Statement". <http://historyisaweapon.com/defcon1/combrivercoll.html>.
- Collins, Patricia. (1986).** Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought. *Social Problems*, 36(6): 14-32.
- Colomer, Laia, González Marcén, Paloma, y Montón Subías, Sandra. (1998).** "Maintenance Activities, Technological Knowledge and

- Consumption Patterns: a View from a Prehistoric Iberian Site (Can Roqueta, 1200-500 cal BC)". *Journal of Mediterranean Archaeology*, 11, 53–80.
- Conkey, Margaret., y Gero, Joan. (1991).** "Tensions, Pluralities, and Engendering Archaeology: An Introduction to Women and Prehistory", en *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, pp. 3-30. Cambridge, Massachussets: Blackwell.
- Conkey, Margaret, y Spector, Jane. (1984).** "Archaeology and the Study of Gender". *Advances in Archaeological Method and Theory*, 7, 1–38.
- Connell, Raewyn, y Messerschmidt, James. (2005).** "Hegemonic masculinity rethinking the concept". *Gender and Society*, 19(6), 829-859.
- Crenshaw, Kimberly. (1989).** "Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics". *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), 139–167.
- Dommasnes, Liv Helga. (2006).** "'Su corazón se modeló sobre una rueda': las mujeres entre la ideología y la vida en el pasado nórdico". *Treballs d'Arqueologia*, 11, 91–113.
- Dussel, Enrique. (1995).** *The invention of the Americas*. Nueva York: Continuum.
- Ehrenberg, Margaret. (1989).** *Women in prehistory*. London: British Museum Publication.
- Engelstad, Ericka. (2007).** "Much More than Gender". *Journal of Archaeological Method and Theory*, 14, 217–234.
- Escoriza, Trinidad, y Sanahuja, Enacarna. (2005).** "La Prehistoria de la autoridad y la relación. Nuevas perspectivas de análisis para las sociedades del pasado", en *Arqueología y Género*, pp. 109–140. Granada: Universidad de Granada.
- Federicci, Silvia. (2004).** *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Galindo, María. (2013).** *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar: teoría y propuesta de la despatriarcalización*. La Paz: Mujeres creando.
- Gero, Joan. (1983).** "Gender Biass in Archaeology: A cross-Cultural Perspective". En *The Socio-Politics of Archaeology*, pp. 51–57. Amherst: University of Massachussets.

- Gifford-Gonzalez, Diane. (1993).** "You Can Hide, But You Can't Run: Representations of Women's Work in Illustrations of Palaeolithic Life". *Visual Anthropology Review*, 9(1), 23–41.
- Gifford-Gonzalez, Diane. (2008).** "Thoughts on a method for zooarchaeological study of quotidian life", en *Engendering Social Dynamics. The archaeology of Maintenance Activities*. pp. 15–23. Oxford: Archaeopress.
- González Marcén, Paloma, Montón-Subías, Sandra, y Picazo, Marina. (2008).** "Towards and archaeology of maintenance activities", en *Engendering Social Dynamics: The Archaeology of maintenance Activities*, pp. 3–8. Oxford: BAR International Series.
- González-Ruibal, Alfredo. (2014).** *An Archaeology of Resistance: Materiality and Time in an African Borderland*. Plymouth: Rowman & Littlefield.
- Gutiérrez Usillos, Andrés. (2017).** *Trans diversidad de identidades y roles de género : Museo de América, 22 de junio-24 de septiembre de 2017*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Haas, Randal, Watson, James, Buonasera, Tamy, Southon, John, Chen, Jennifer, Noe, Sarah, ... Parker, Glendon. (2020).** "Female hunters of the early Americas". *Science Advances*, 6(45), 1-10.
- Haraway, Donna. (1988).** "The science question in feminism and the privilege of partial perspective". *Feminist Studies*, 14(3), 575–599.
- Harding, Sandra. (1986).** *The Science Question in Feminism*. Ithaca and London: Cornell University Press.
- Hartsock, Nancy. (1983).** "The feminist standpoint: developing the ground for a specifically feminist historical materialism", en *Discovering reality. Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science*, pp. 283–310. Dordrecht: Reidel Publishing Company.
- Heath-Stout, L. E. (2020).** "Who Writes about Archaeology? An Intersectional Study of Authorship in Archaeological Journals". *American Antiquity*, 85(3), 407–426.
- Hendon, Julia. (1996).** "Archaeological approaches to the organization of domestic labor: household practices and domestic relations". *Annual Review of Anthropology*, 25, 45–61.
- Hernando, Almudena. (2002).** *Arqueología de la identidad*. Madrid: Akal.
- Hernando, Almudena. (2006).** "¿Por qué la Historia no ha valorado las actividades de mantenimiento?". *Treballs d'Arqueologia*, 11, 115–133.

- Hernando, Almudena. (2012).** *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción socio-histórica del sujeto moderno.* Buenos Aires: Katz.
- Intemann, Kristen. (2010).** "25 Years of Feminist Empiricism and Standpoint Theory: Where are We Now?". *Hypatia*, 25(4), 778–796.
- Mies, Maria. (1986).** *Patriarchy and Accumulation on a World Scale.* Londres y Nueva York: Zed Books.
- Millet, Kate. (1995).** *Política Sexual.* Madrid: Cátedra.
- Montón Subías, Sandra. (2000).** "Las mujeres y su espacio: una historia de los espacios sin historia". *Arqueología Espacial*, 22, 45–59.
- Montón Subías, Sandra. (2010).** "Maintenance Activities and the Ethics of Care", en *Situating Gender in European Archaeologies*, pp. 23-33. Budapest: Archaeolingua.
- Montón Subías, Sandra. (2018).** "Sobre género, sexo y sexualidad en arqueología". *Arkeologia aldizkaria*, 8, 27-33.
- Montón Subías, Sandra, y Lozano Rubio, Sandra. (2012).** "La arqueología feminista en la normatividad académica". *Complutum*, 23(2), 163–176.
- Montón Subías, Sandra, y Hernando, Almudena. (2018).** "Modern Colonialism, Eurocentrism and Historical Archaeology: Some Engendered Thoughts". *European Journal of Archaeology*, 21(3), 455–471.
- Pastor Quiles, María, y Mateo Corredor, Daniel. (2019).** "Trabajo y roles de género durante la Prehistoria. Un estudio sobre su percepción en el alumnado de Historia". *Panta Rei. Revista Digital de Ciencia y Didáctica de La Historia*, 2019, 37–53.
- Picazo, Marina. (1997).** "Hearth and home: the timing of maintenance activities", en *Invisible people and processes*, pp. 59–67. Leicester: Leicester University Press.
- Prados, Lourdes, y López, Clara. (2017).** *Museos Arqueológicos y Género. Educando en Igualdad.* Madrid: UAM Ediciones.
- Prados, Lourdes, y López, Clara. (2019).** "Los museos arqueológicos como herramientas de igualdad. Una reflexión desde la arqueología feminista". *Boletín de La Asociación Española de Amigos de La Arqueología*, 49–50, 115–132.
- Querol, María Ángeles, y Hornos, Francisca. (2015).** "La representación de las mujeres en los modernos museos arqueológicos: estudio de cinco casos". *Complutum*, 26(2), 231–238.

- Rísquez, Carmen, y García, Antonia. (2007).** "¿Actividades de mantenimiento en el registro funerario? El caso de las necrópolis íberas". *Treballs d'arqueologia*, 13, 145–170.
- Sanahuja, Encarna. (2002).** *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Valencia: Cátedra.
- Sanahuja, Encarna, y Picazo, Marina. (1989).** "Los estudios de las mujeres a lo largo de la prehistoria y en la antigüedad griega: estado de la cuestión". *Arqueocrítica*, 1, 32–37.
- Sánchez Romero, Margarita, y Aranda, Gonzalo. (2006).** "El cambio en las actividades de mantenimiento durante la Edad del Bronce: nuevas formas de preparación, presentación y consumo de alimentos". *Treballs d'Arqueologia*, 11, 73–90.
- Seidler, Victor. (1989).** *Rediscovering Masculinity: Reason, Language and Sexuality*. London: Routledge.
- Seidler, Victor. (1993).** *Unreasonable Men: Masculinity and Social Theory*. London: Routledge.
- Sendón de León, Victoria. (2000).** "¿Qué es el Feminismo de la Diferencia? (una visión muy personal)". *Mujeres En Red. El Periódico Feminista*. <http://www.mujiresenred.net/spip.php?article1985>.
- Soler Mayor, Begoña. (2009).** "De la investigación a la difusión: el museo como vehículo de mediación". *Arenal*, 15(1), 174–194.
- Trouillot, Michel-Rolph. (1995).** *Silencing the Past. Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press.
- Vila, Assumpció, Estévez, Jordi, Lugli, Francesca, y Grau, Jordi. (2017).** *La reproducción en la prehistoria*. Madrid: CSIC y La Catarata.
- Wylie, Alison. (1991).** "Why is there no archaeology of gender?", en *Engendering Archaeology. Women and Prehistory*, pp. 31–54. Oxford: Basil Blackwell.
- Wylie, Alison. (2013).** "Why standpoint matters", en *Science and Other Cultures: Issues in Philosophies of Science and Technology*, pp.26-48. Nueva York y Londres: Routledge.

Nota biográfica



Sandra Montón Subías es una Profesora de Investigación ICREA en Arqueología en la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona, España). Actualmente trabaja sobre los procesos de identidad, cambio y permanencia asociados a la incorporación de Guam en la red colonial del imperio español de época moderna, con especial énfasis en la construcción del género y las consecuencias de la política colonial sobre las actividades de mantenimiento y la población local. Sus publicaciones más recientes incluyen: “Gender, Missions, and Maintenance Activities in the Early Modern Globalization: Guam 1668–98” (*Int.J.Hist.Archaeol* 2019), y “Modern Colonialism, Eurocentrism and Historical Archaeology: Some Engendered Thoughts” (*EJA* 2018). Sandra es investigadora principal de los proyectos ABERIGUA y GENDER-Global, coordina el grupo de investigación CGM (Colonialismo, Género, Materialidades), y co-dirige las excavaciones de San Dionisio en Humåtak (Guam).

E-mail: Sandra.montonpf.edu